



**Domingo XXV - del Tiempo Ordinario
Ciclo B – Septiembre 23 de 2012**

Tal vez el libro que mejor iluminó la celebración de los 500 años de la Conquista de América fue el de Gustavo Gutiérrez, “**Dios o el Oro de la Indias**”. Ya muchos autores nos habían invitado a no emplear el término torcido de Descubrimiento. Se trató de una colonización, pero no de un descubrimiento.

Este libro nos muestra cómo hubo una lucha entre una verdadera evangelización y otra muy diferente. La primera fue promovida por dominicos, franciscanos y evangelizadores fieles a la propuesta de Jesús, a la que podríamos mirar, con los términos de la segunda lectura de hoy, como una “sabiduría que viene del cielo, se muestra pura y apacible, amable y dócil, llena de compasión y buenos frutos, imparcial y sincera” (Sant. 3,17).

La otra evangelización que podríamos llamar *dorada*, disfrazada de proyecto redentor de los indios, pero dejando ver los colores dorados de la ambición del Oro. Ya en su segunda venida a América, Colón encontró que se había producido muchos enfrentamientos entre los españoles y los indios. Y no ciertamente por amor al Evangelio.

Ante esta realidad fue valerosa la actitud de los dominicos de la Española quienes nombraron a fray Antón de Montesinos, para que expresaba la reflexión y el pensamiento de la comunidad: “*Todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís. Decid: ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué derecho autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas?*”. Estas frases tan duras la conservó el mejor representante de esta tendencia, fray Bartolomé de las Casas (Cfr. Gutiérrez G., **Dios o el Oro de las Indias**, Ed. Sígueme, Salamanca, 1990, pag. 29).

Con frases parecidas y con hechos como los que denuncia la Conferencia Episcopal Colombiana en este año, tendríamos que señalar e interrogar a muchas empresas transnacionales o nacionales que han despojado a comunidades indígenas, afros y campesinas, apoyadas en leyes de Desarrollo, para que de nuevo el Oro se convierta en el dios del Progreso.

Y cuál es la causa de ambos casos. Nos la plantea Santiago en su carta de hoy con toda claridad. Es el pecado de la codicia!: “*¿De dónde viene que haya entre ustedes luchas y peleas? Pues de las pasiones que luchan en su propio cuerpo. Si codician una cosa y no pueden alcanzarla, comenten un homicidio*” (Santiago 4, 1-2).

También de fondo podríamos descubrir otro pecado, el de la **Competencia** entre las diferentes clases de minerías, entre ellas las del petróleo, también esclava como la del Oro de las Indias. Ese tipo de competencia, aunque a un nivel diferente, es el que Jesús ayuda a descubrir a sus discípulos, “*que en el camino venían discutido sobre cuál de ellos ocuparía el primer lugar*” (Marcos, 9, 34).

Alejandro Londoño Posada, S.J.

alejitosj@gmail.com

Hemos descrito un problema económico ecológico de gran envergadura. De alguna manera también a nivel más pequeño se plantea éste cuando alguien se gloria de tener un mejor anillo o adorno que otra persona.

Qué diferente sería que en lugar de hablar de codicia, envidia, de oro, dorados, desplazamientos e incluso asesinatos, en nuestro lenguaje predominaran palabras más ecológicas como ***cariño, cuidado, amor a la naturaleza***. En otra homilía decíamos que encerramos la palabra ***cuidado*** entre ***cariño*** y ***amor***, porque éstos se tienen que manifestar en obras. Y eso es precisamente lo que se nos exige como cristianos: el cuidar la naturaleza. Ese cuidado implica defender los ríos, los bosques, los humedales, los ecosistemas de las locomotoras mineras, mal manejadas.